

C.-A. SAINTE-BEUVE

RETRATOS  
DE  
MUJERES

— ¿Vos habéis sido mujer, señor,  
pues que tanto decís conocernos?  
— No, señora, no soy el divino  
Tiresias; soy un humilde mortal que  
os ha querido mucho.

*Diálogo.*

VERSION CASTELLANA

DE

JAVIER BUENO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



100340

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

16730



928  
S,

PA 2391

P 38



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

18780

## RETRATOS DE MUJERES

### MADAMA DE SÉVIGNÉ

Los críticos, y particularmente los extranjeros, que en estos últimos años han juzgado más severamente nuestros dos siglos literarios, están de acuerdo en reconocer que lo que dominaba, lo que les prestó más brillantez y adorno, era la espiritualidad ingeniosa de la conversación y de la sociedad, la idea que tenían nuestros abuelos del mundo y de los hombres, la buena inteligencia desligada de convencionalismos ridículos, la encantadora delicadeza de sentimientos, la gracia, la picardía y la finura más exquisita del lenguaje. En efecto, ese fué, con las salvedades que cada cual hace, y en las que pueden ir envueltos dos ó tres nombres, como los de Bossuet y Montesquieu, ese fué hasta casi 1789 el carácter distintivo, el sello bien marcado de la literatura francesa que la diferenció de las otras literaturas de Europa. Esta gloria de la que casi han llegado á hacerle un reproche á nuestra nación, es bastante bella y fecunda para quien sabe entenderla é interpretarla.

En los comienzos del siglo xvii, nuestra civilización, y por consiguiente nuestro idioma y nuestra literatura, no tenían nada de maduro ni de asegurado. Europa, al quedar libre de las convulsiones religiosas, y á través de las fases de la guerra de los Treinta años, comenzaba laboriosa un nuevo orden político, en tanto que en Francia aún no se habían apagado los chispazos de sus discordias civiles. En la Corte y en algunos salones,



unas cuantas flores del ingenio estaban ya en moda; pero sin que germinase todavía nada grande ni original, y se vivía hasta la saciedad, de las novelas españolas y de los cuentos pastoriles y sonetos de Italia. Sólo después de Richelieu y de la Fronda, bajo el reinado de la reina madre y del duque de Mazarino, de las fiestas de Saint-Mandé y de Vaux, de los salones del hotel de Rambouillet (1), ó de las antecámaras del joven rey, salieron como por un milagro tres ingenios excelentes, tres genios diversamente dotados; pero los tres de un gusto ingenuo y puro, de una perfecta sencillez, de una riqueza afortunada, llenos de gracia y de delicadeza indígenas, y destinados á abrir una nueva era brillante y de gloria, en la que nadie les sobrepasó. Molière, La Fontaine y Madame de Sévigné pertenecen á la generación literaria que precedió á la en que Racine y Boileau fueron los maestros, distinguiéndose los unos de los otros en rasgos que obedecieron á la naturaleza de sus genios y á la época en que vivieron. Se observa, por las formas que adoptan sus talentos, que no nacieron muy lejanos de la Francia anterior á Luis XIV, de la añeja lengua y del viejo ingenio francés; que en ellos obraron por mucho la educación y las lecturas, y que si fueron menos considerados que otros escritores por los extranjeros, es debido á lo que hay de más íntimo, indefinible y más encantador para nosotros en sus expresiones y en sus maneras de hacer. Así hoy, con razón, nos afanamos por rectificar y poner en su lugar muchos juicios hechos hace veinte años, por los profesores del Ateneo; y si se declara guerra sin cuartel á muchas reputaciones injustas, en revancha, nunca sabríamos venerar demasiado á estos tres escritores inmortales que dieron á la literatura francesa un carácter original, y que le

(1) En *Memoire pour servir à l'Histoire de la Société polie* (1835) M. Roederer ha seguido de muy cerca y desenredado todo lo que se refiere al hotel de Rambouillet, con una predilección y una minuciosidad que no estorba, según nosotros, ni á la veracidad ni al agrado que produce su libro. Sería preciso, sin embargo, menos erratas en los nombres y en las fechas.

aseguraron hasta hoy una fisonomía única entre todas las literaturas. Molière ha extraído del espectáculo de la vida, del juego animado de las dislocaciones y de las ridiculeces humanas, todo lo que se puede concebir de más alto y de más fuerte en poesía. La Fontaine y Madame de Sévigné, en un escenario más restringido, tuvieron un sentimiento tan fino y tan exacto de las cosas y de la vida de su tiempo, cada uno á su manera; La Fontaine más cercano á la naturaleza, Madame de Sévigné más unida á la sociedad; y este sentimiento tan exquisito y refinado se refleja tan vivamente en sus escritos, que ambos alcanzan el mismo nivel muy poco por debajo del de su ilustre contemporáneo. Queremos ahora hablar de Madame de Sévigné y parece que todo está dicho. En efecto, los detalles están casi agotados; pero creemos que hasta el día ha sido observada demasiado aisladamente, como se ha hecho con La Fontaine, con el que tiene tanta semejanza. Hoy, que estamos lejos de aquella sociedad, de la que Madame de Sévigné nos mostró su faceta más brillante, y que se dibuja más netamente á nuestra vista en conjunto, es mucho más fácil, á la vez que más necesario, asignarle á la ilustre escritora su categoría, su importancia y sus frutos. Sin duda por no haber observado esto, y por no haber tenido en cuenta la diferencia de época, varios distinguidos escritores de nuestros días parecen inclinados á juzgar con tanta ligereza como vigor á uno de los más deliciosos ingenios que han existido. Nos consideraríamos dichosos si este artículo ayudase á disipar algunas de esas prevenciones injustas.

Se ha vituperado con saña los excesos de la *Regencia*; pero, antes de la regencia de Felipe de Orleans, hubo otra no menos disoluta, no menos licenciosa y más atroz todavía por la crueldad que se unió al escándalo, especie de transición horrible entre las demasías de Enrique III y las de Luis XV. Las malas costumbres de la Liga, que habían germinado bajo Enrique IV y Richelieu, no siendo suprimidas, volvieron á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
cda 1626 MONTERREY, MEXICO



El escándalo fué entonces tan monstruoso como lo había sido en la época de los *mignons*, y como lo fué más tarde en los tiempos de los *roués*; pero en lo que se asemeja esta época al siglo xvi, y la diferencia de la del xviii, es sobre todo en los asesinatos y envenenamientos, estas costumbres italianas debidas á los Médicis, y el furor insensato de los duelos, herencia de las guerras civiles. Tal aparece para el lector imparcial la regencia de Ana de Austria; tal es el fondo tenebroso y sangriento sobre el que se dibujó una mañana la Fronda que hemos convenido en llamar *una broma á mano armada*. La conducta de las mujeres de entonces, las más distinguidas por su nacimiento, su ingenio y su belleza, parece fantástica, y se llega á creer que los historiadores las han calumniado. Pero como un exceso trae consigo otro contrario, el pequeño número de las que escaparon de la corrupción se echaron en los brazos de la metafísica sentimental y se hicieron *preciosas*, y de ahí vino el hotel de Rambouillet (1). Este fué un asilo de las buenas costumbres en el seno de la alta sociedad. En cuanto al buen gusto, también dió su fruto, puesto que Madame de Sévigné apareció.

La señorita María de Rabutin-Chantal, nacida en 1626, era hija del barón de Chantal, duelista desenfrenado, que en un día de Pascua abandonó la mesa de la Eucaristía para ir á servir como testigo al famoso conde de Bouteville. Educada por su tío, el buen abad de Coulanges, recibió desde muy temprano una instrucción sólida, y aprendió, al cuidado de Chapelain y de Ménage, el latín, el italiano y el español (2). A los

(1) Se ha escrito mucho en estos últimos tiempos acerca del hotel de Rambouillet; se podrían anotar además de la de Roederer, cuatro ó cinco historias pequeñas. Me parece que en todas ellas acaba el hotel de Rambouillet antes de lo que en realidad fué. Aparece en completo apogeo y con su mayor brillo al comienzo de la Regencia (1643-1648).

(2) Los talentos más fuertes y los más origina les no llegan á ser perfectos si no han estado sujetos á una disciplina y no se han educado en una buena retórica; Madame de Sévigné se educó así al cuidado de Ménage y Chapelain.

diez y ocho años se casó con el marqués de Sévigné, muy poco digno de ella, y que después de haberla descuidado mucho, murió en duelo en 1651. Madame de Sévigné libre á esta edad, con un hijo y una hija, no pensó más en un nuevo matrimonio. Amaba con locura á sus hijos, sobre todo á la niña, y si tuvo otras pasiones no se le conocieron. Era una rubia risueña, nada sensual, muy alegre y amiga de chanzas. Las chispas de su ingenio pasaban y brillaban en sus pupilas inquietas; y como ella misma lo dijo, en sus *paupières bigarrées*. Se hizo *preciosa* y pasó por el mundo amada, buscada, cortejada (1), sembrando en su derredor pasiones desventuradas, á las que prestaba poca atención, y conservando generosamente como amigos á los que no quería como amantes. Su primo Bussy; su maestro Ménage; el príncipe de Conti, hermano del gran Condé; el subintendente Fouquet, perdieron los suspiros que le dirigían; pero fué inquebrantablemente fiel á este último en su desgracia; y cuando cuenta su proceso á M. Pomponne, hay que ver con cuánta ternura le llama nuestro *querido desgraciado*. Joven todavía, y bella sin pretensiones, no tenía más ideal en el mundo que amar á su hija, y no quería más dicha que la de verla brillar agasajada (2). Mlle. de Sévigné figuraba,

(2) Madame de La Fayette le escribía: « Vuestra presencia aumenta las diversiones y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando la rodean; en fin el regocijo es el estado verdadero de su alma, y nada hay más contrario á ella que la pena. » Madame de Sévigné tenía lo que se llama *buen humor*, *humor* en el exacto sentido del vocablo, un *buen humor* á cada instante vario y colorido por su imaginación tan viva.

(3) Tenemos un encantador retrato de Madame de Sévigné *joven*, por el abad Arnaut, y preciso es que fuese su belleza esplendorosa y rica de color, para conseguir que el buen abad tuviese todo el talento de la familia. « Fué en este viaje, — dice en sus *Memorias* (año 1657) — cuando M. de Sévigné me hizo conocer á la ilustre marquesa de Sévigné, su sobrina. Todavía me parece verla tal como se me presentó la primera vez que tuve este honor, llegando en el fondo de su carroza abierta, entre su hijo y su hija, como los poetas presentan á Latona entre el joven Apolo y la joven Diana. tal era el encanto que ofrecían la madre y los hijos. ¡ Es ella! Un genio, una belleza, una gracia á pleno sol, en carroza abierta, y radiante entre sus dos bellos hijos.



desde 1663, en los brillantes bailes de Versalles, y el poeta oficial que ocupaba el lugar que ocuparon Racine y Boileau después, á partir de 1672, Benserada, hizo más de un madrigal en honor de esta *pastora*, de esta *ninfa*, que una madre idólatra llamaba *la hija más bonita de Francia*. En 1669, M. de Grignan obtuvo su mano, y seis meses después se la llevó á la Provenza, donde como teniente general mandaba en ausencia de M. de Vendôma. Desde entonces separada de su hija, á la que no vió sino irregularmente con intervalos muy largos, Madama de Sévigné buscó un consuelo en una correspondencia no interrumpida hasta su muerte en 1696, y que comprende un espacio de veinticinco años, y cuyas lagunas son las reuniones poco duraderas de la madre y de la hija. Antes de esta separación de 1671, no se tiene de Madama de Sévigné más que un corto número de cartas dirigidas á su primo Bussy y otras á M. de Pomponne acerca del proceso de Fouquet. Sólo á partir de esa fecha se sabe perfectamente su vida privada, sus costumbres, sus lecturas, y hasta las más pequeñas alteraciones de la sociedad en que vivió y de la que fué el alma.

Y, en efecto, desde las primeras páginas de esta correspondencia, nos encontramos en otra sociedad diferente de la de la Fronza y de la Regencia, reconocemos que lo que se llama la sociedad francesa está bien definida. Sin duda (y á falta de otros datos de aquel tiempo las memorias de Madama de Sévigné dan fe), sin duda los horribles desórdenes y las orgías groseras llegaron hasta esta nueva nobleza á la que Luis XIV le impuso como precio del favor que le otorgó, la dignidad, la elegancia y la cortesía; sin duda, bajo esa superficie brillante y ese dorado de *carrousel*, hay bastantes vicios que pudieron degenerar en una nueva regencia, sobre todo cuando la beatería del final del reino podría haberlos hecho fermentar. Pero al mundo las conveniencias sociales son observadas; la opinión comienza á zaherir todo aquello que es innoble y crapuloso. Además, al mismo tiempo que

1

a brutalidad y el desorden han perdido todo aquello que tenían de escandaloso, la decencia y el buen ingenio han ganado en sencillez. El calificativo de *preciosa* ha pasado de ser moda, aun cuando se recuerda con sonrisas que lo estuvo, ya no existe. Ya no se diserta como antes hasta la saciedad acerca del soneto de Job ó de Urania, sobre la carta de *Tendre* ó sobre el carácter del *Romano*; pero se *charla*, se habla de las noticias de la Corte, de los recuerdos del sitio de París ó de la guerra de la Guyana; el señor cardenal de Retz cuenta sus viajes, La Rochefoucauld moraliza, Madama de La Fayette explaya sus reflexiones sinceras, y Madama de Sévigné les interrumpe para citar una palabra de su hija, una sutileza de su hijo, una distracción del bueno de Hacqueville ó de M. de Brancas. Apenas si podemos, en 1829, con nuestras costumbres de ocupaciones positivas, representarnos fielmente esta vida de agrado y de charla. El mundo va tan deprisa en nuestros días, y tantas cosas están á un mismo tiempo en escena, que no nos sobran los minutos para miraras y apoderarnos de ellas. Los días, para nosotros, pasan en el estudio, las veladas y las discusiones serias, en las conversaciones amistosas y las *charlas* casi no existen ó definitivamente no existen. La nobleza de nuestros días, que ha conservado más las costumbres de los dos últimos siglos, parece que no lo ha podido conseguir sino á cambio de permanecer extraña á las costumbres y á las ideas de ahora (1). La época de que hablamos, lejos de ser un obstáculo para seguir el movimiento literario, religioso ó político, era más bien este género de vida el más propio para observarle; bastaba á veces una ojeada sin moverse cada cual de su sitio, y luego el resto del

(1) Después de escritas estas páginas he tenido la ocasión de observar, con agrado, que se exageraba mucho acerca de la ruina del ingenio en la conversación en Francia; sin duda no es lo que caracteriza á la sociedad; pero hay preciosos restos, rincones de tiempos pasados. Así se tiene el placer de gozar como de una vuelta de aquellos ó como de un misterio.



tiempo vagar á su gusto y al de sus amigos. La conversación, desde luego, no era todavía como lo fué en el siglo XVIII en los salones abiertos bajo la presidencia de Fontenelle, una ocupación, un negocio, una pretensión; no se atendía indispensablemente al giro; la estantería geométrica, filosófica y sentimental no estaba aún en vigor; pero se charlaba de sí, de los otros, de poco y de nada. Eran, como decía Madama de Sévigné, conversaciones indefinidas: « Después de comer — escribía á su hija, — fuimos á charlar á uno de los bosques más agradables del mundo, y hasta las seis sostuvimos charlas tan buenas, de tanta ternura, tan amables, tan halagadoras para ti y para mí, que estuve encantada (1). En medio de este movimiento de la sociedad, tan fácil y tan sencillo, tan caprichoso y tan graciosamente animado, una visita, una carta recibida, ambas insignificantes en el fondo, eran un acontecimiento al que se entregaban con placer, y del que se apresuraban á tomar parte los demás. Las cosas más pequeñas adquirirían valor por su forma y su presentación; era el sólo arte que sin darse cuenta y con negligencia entraba hasta en la vida. Recordemos la visita de Madama de Chaulnes á los *Rochers*: Mucho se ha dicho acerca de si Madama de Sévigné cuidaba mucho sus cartas y que al escribirlas pensaba si no en la posteridad, cuando menos en la sociedad de entonces, cuyo aplauso buscaba. Escribió muchas al correr de la pluma, diciendo cuanto más podía; y cuando no tenía mucho tiempo, ni siquiera las leía antes de enviarlas. « Verdaderamente — dice — entre amigos se debe dejar un poco correr libremente la pluma como ella quiere; la mía tiene siempre la brida sobre el cuello. » Pero hay otros días en que tiene más tiempo y se siente de mejor

(1) La señorita de Montpensier, de la misma edad de Sévigné, pero que era menos flexible que ella, escribía á Madama de Motteville sobre un ideal de vida retirada con héroes y heroínas de diferentes formas: « También nos son precisos todos los asuntos y todas clase de personas para la conversación, que á gusto de usted y al mío es el mayor placer del mundo y el sólo de mi agrado.

humor, y entonces, naturalmente, cuida, arregla, compone casi tanto como La Fontaine una de sus fábulas, y así resultan cartas como la dirigida á M. de Coulanges sobre el matrimonio de su hija, y la que escribió sobre el pobre Picard, á quien echaron porque no quiso *marchitar*. Estas cartas brillantes de forma y de arte, en las que no había demasiados secretos pequeños, ni historias contadas de uno á otro, caían con estrépito en aquella sociedad, y todos querían leerlas. « No quiero olvidar lo que me ha ocurrido esta mañana — escribió Madama de Coulanges á su amiga. — Me dijeron, señora: ahí está un lacayo de Madama de Thianges; ordené que lo hiciesen pasar. He aquí lo que tenía que decirme: « Señora, de parte de Madama de Thianges, quien la ruega que le envíe la carta del *caballo* de Madama de Sévigné y la de la *pradera*. » Sus cartas hacen todo el ruido que merecen, como véis; cierto que son deliciosas y vos sois como esas cartas. » La correspondencia, pues, como la conversación tenía una gran importancia; pero ni la una ni la otra eran artificiales: para ambas se dejaban guiar por el ingenio y por el alma. Madama de Sévigné elogia constantemente á su hija por sus cartas: « Tienes pensamientos y giros incomparables. » Y cuenta, que ha leído aquí y allá ciertos párrafos escogidos á gentes que son dignos de ellos: « algunas veces he dado también su pequeña ración á Madama de Villars; pero se conmueve ante las ternuras y las lágrimas brotan de sus ojos ».

Si se ha reconocido en Madama de Sévigné la ingenuidad de sus cartas, no se le ha otorgado menos la sinceridad del amor hacia su hija; y en esto se olvida también la época en que vivió, y cómo en una vida de lujo y de holganza, las pasiones pueden parecer fantasías lo mismo que las manías pueden llegar á ser pasiones. Idolatraba á su hija, y al entrar en el mundo se la conoció así. Arnauld d'Andilly la llamaba por esto una *bonita pagana*. El alejamiento no había hecho sino exaltar su ternura; no tenía casi otra cosa en qué



pensar; las preguntas y los cumplidos de todos los que veía llevaban su pensamiento al mismo punto; este caro y casi único afecto de su corazón, había acabado á la larga por ser para ella un freno, del que tenía tanta necesidad como de su abanico. Realmente, Madama de Sévigné era perfectamente sincera, de carácter abierto y enemiga de falsedades; es casi una de las pocas personas que podríamos llamar *verdadera*, y ella habría inventado esta palabra para aplicársela á su hija, si La Rochefoucauld no la hubiese encontrado antes para aplicársela á Madama de La Fayette; pero no por esto encontraba menos placer en calificar así á quien ella amaba. Cuando se ha analizado y mirado por todas partes este amor inagotable de madre, se está de acuerdo con la observación de M. de Pomponne: « ¿ Parece que Madama de Sévigné ama apasionadamente á Madama de Grignan? ¿ Queréis que os diga lo que hay entre líneas en sus cartas? *Lo que hay es que la ama apasionadamente.* » Sería realmente mostrarse ingrato el zaherir á Madama de Sévigné por esta legítima é inocente pasión, que nos permite seguir paso á paso la vida de la mujer más espiritual durante los veintiséis años de la más adorable época de la más adorable sociedad francesa (1).

La Fontaine pintor del campo y de los animales, no desconocía por completo la sociedad, y á menudo ha hecho su retrato con finura y malicia. Madama de Sévigné, á su vez, se complacía con el campo; muchas veces iba á pasar largas temporadas á Livry en casa del abad de Coulanges ó á su finca de los *Rochers* en Bretaña, y es muy curioso observar los aspectos que conoció de la naturaleza y cómo la pintó. Se observa,

(1) M. Walckenaer (*Memorias sobre Madama de Sévigné*) observa con justeza que tenía tan desarrollado el sentimiento maternal, como no lo fué el sentimiento filial por quedarse huérfana muy niña. Todo el apasionamiento de su corazón estaba en reserva y recayó en su hija. Viuda muy pronto en los más hermosos años de su juventud parece que no amó á ningún amante. ¡ Qué ahorro, qué tesoro de amor! Su hija lo heredó todo.

desde luego, que, como nuestro fabulista, leyó muy pronto la *Astrea*, y que en su juventud había soñado con las sombras mitológicas de los Vaux y de Saint-Mandé. Le gustaba pasearse bajo los rayos de la *bella amada por Endymión*, y pasar largas horas á solas con las *hamadryadas*; sus árboles están decorados con inscripciones é ingeniosas divisas, como en los pasajes del *Pastor fido*, del *Aminla*: « *Bella cosa far niente*, dice uno de mis árboles: *amor odit inertes*, contesta el otro, y no sabe á cuál de los dos hacer caso. » Y más allá: « Mis inscripciones no se deforman, las visito á menudo y veo que casi han agrandado, y dos árboles vecinos dicen á veces cosas contrarias: *La lontananza ogni gran piaga salda*, y *Piaga d'amor non si sana mai*. Hay cinco ó seis que se contradicen. » Estas reminiscencias un poco ingenuas y pastoriles y de novelas, son naturales en sus pinceles y hacen salir de ellos muy agradablemente inscripciones nuevas y frescas. « He venido aquí (á Livry) á acabar los bellos días, y á decir adiós á las hojas; todavía están todas en los árboles, no han hecho sino cambiar de color; en vez de estar verdes, son áureas de tonos diversos, matices que componen un brocado de oro rico y magnífico, que querríamos cambiar por el verde, aunque sólo fuese por el cambio. » Y cuando estaba en los *Rochers*: « Sería dichosa si hubiese en estos bosques una hoja que cantase; ¡ ah! es tan bonita una hoja que canta. » ¡ Y cómo nos pinta *el triunfo del mes de Mayo* cuando el *ruiseñor*, el *mochuelo* y el *jilguero abren la primavera en nuestros campos!* » ¡ Cómo nos hace sentir y casi tocar *estos bellos días de cristal de otoño*, en los que *no hace ni calor ni frío*. Cuando su hijo, para atender á sus locos despilfarros hizo talar los antiguos bosques de Burón, se apenó y se afligió por todas las *druydás* fugitivas y sus *silvos* desposeídos. Ronsard no se ha dolido mejor de la tala del bosque de Gastine, ni M. de Chateaubriand de la de los bosques paternos.

Porque muy á menudo se ve en Madama de Sévigné



un humor alegre y alocado, se haría mal en tacharla de frívola y de poca sensibilidad. Estaba seria, pero triste durante sus estancias en el campo, y los sueños ocuparon un gran lugar en su vida. Solamente, es preciso escucharla, no soñaba bajo esas avenidas largas y sombrías del gusto de Delphine ó como la amante de Osvaldo: este sueño no se había inventado todavía (1); fué preciso el 93 para que Madama de Staël escribiese su admirable libro *Influencia de las Pasiones en la Dicha*. Hasta entonces su soñar fué una cosa más fácil, más sencilla, más individual y del que podía darse mayor cuenta: era pensar en su hija, ausente en Provenza; en su hijo, que estaba en *Candia*, en el ejército; del rey, en sus amigos alejados ó en sus muertos. Era decir: « Mi vida ya la conocéis, se desliza con cinco ó seis amigas, cuya sociedad me place, y en los deberes á que cada cual está obligado, y esto ya no es poco. Pero lo que me irrita es que no hacemos nada durante los días que pasan, y entonces nuestra vida se compone de días en los que se envejece y se muere. Esto lo encuentro mal. » La religión regular y precisa que gobernaba la vida, contribuía mucho entonces á atemperar este libertinaje de sensibilidad y de imaginación que después no ha conocido freno. Madama de Sévigné se alejaba cuidadosamente de esas ideas, sobre las que se debe pasar *deslizándose*; quería que la moral fuese cristiana y más de una vez tacha á su hija de estar tocada del carterianismo (2). Cuando, en medio de los accidentes de la vida, tiene que bajar la cabeza, se refugia en una especie de fatalismo providencial que

(1) « Los goces del espíritu marcan nuestra fuerza » escribía en estos tiempos Ninón á San Evremond.

(2) Se han discutido mucho los méritos de Madama de Grignan y es que su madre la perjudicó á nuestros ojos con demasiadas alabanzas. Es muy difícil papel el de ser demasiado amado ante los indiferentes. El hijo un poco libertino nos es más agradable. Yo creo que la alegría y la reflexión de Madama de Sévigné estaban divididos entre sus dos hijos. El uno tenía la gracia; pero no la solidez de su razón, y la otra poseía esta reflexión demasiado rígida, sin templar, y nada encantadora ni interesante.

sus ligaderas con Port-Royal y sus lecturas de Nicole y de San Agustín le habían inspirado. Este su carácter religioso y resignado aumentó con la edad, y á veces, se trasluce en su lenguaje algo muy sensato y de una ternura más seria. Hay, sobre todo, una carta á M. de Coulanges sobre la muerte del ministro Louvois, en la que llega á la sublimidad de Bossuet, así como en otros tiempos y con otros motivos llegaba á la nota cómica de Molière.

M. de Sanit-Surin en sus estimables trabajos sobre Madama de Sévigné no pierde ocasión de compararla con Madama de Staël, en cuya comparación sale gananciosa Madama de Sévigné. Nosotros creemos que hay interés y provecho en este paralelo, pero que no debe tener como consecuencia, un detrimento para la una ni para la otra. Madama de Staël representa toda una sociedad nueva; Madama de Sévigné representa una sociedad que desapareció, y de ahí esas prodigiosas diferencias, que podrían hacernos creer que consistían en diferencia de ingenio y de sentimientos. Sin embargo, y sin pretender negar la profunda disparidad de sus dos almas, pues una sólo conoció el amor maternal y la otra todas las pasiones, hasta las más generosas y las más viriles, se encuentra en ellas, observándolas desde cerca, muchas cualidades que les son comunes, y cuyo desarrollo desigual no ha obedecido sino á la diferencia de época. ¡ Qué naturalidad llena de gracia ágil, qué páginas radiantes de ingenio se encuentran en Madama de Staël cuando otros sentimientos no se interponen, y cuando deja dormir á su filosofía y á su política! Pero ¿ es que á Madama de Sévigné no se le ocurre también filosofar y disertar? ¿ De qué le servirían sus *Ensayos de Moral* del Sócrates cristiano y de San Agustín? Porque esta mujer, que ha sido tachada de frívola, lo leía todo y leía bien. Si no se gusta de las sólidas lecturas — dice, — el espíritu y el ingenio son anémicos. Leía á *Rabelais* y la *Historia de las Variaciones*, Montaigne y Pascal, *Cleopatra* y Quintiliano, San Juan Crisóstomo y Tácito



y Virgilio, no traducidos, sino en toda la majestad del latín y del italiano. Cuando llovía, leía varios *in-folio* en doce días. Durante la cuaresma se complacía en ir á Boudaloue. Su conducta con Fouquet en la desgracia hace pensar en lo que hubiese sido su abnegación durante el período revolucionario. Si se muestra un poco vanidosa y vanagloriada cuando el rey baila una noche con ella, y cuando le hace un cumplido en Saint-Cyr después de *Esther*, ¿qué otra persona de su sexo se habría mostrado más filósofa en su lugar? La propia Madama de Staël, ¿no decía que habría hecho cualquier cosa por arrancar una palabra ó una mirada al conquistador de Egipto y de Italia? Cierzo: una mujer que en relación desde su juventud con los Ménage, Godeau, y Benserade se defendió de sus sátiras y de sus burlas, con sólo su buen sentido; que esquivó, bromeando, las pretensiones más refinadas y más seductoras de Saint Evremond y de Bussy; una mujer, que amiga y admiradora de Mlle. de Scudery y de Madama de Maintenón; supo mantenerse á igual distancia del sentimentalismo novelesco de la una y de la sequedad excesiva de la otra; fué ligada con Port-Royal y alimentado su espíritu con las obras de esos Señores, no tomó menos de Montaigne ni olvidó á Rabelais, que no quiere otra inscripción para lo que ella llama su convento que *Santa Libertad y Haz lo que quieras*, como en la abadía de *Telémaco*; una mujer de bello alocamiento, que pasa casi sin rozarlas, sobre ciertas ideas, y que toma las cosas por el lado familiar, da pruebas de una profunda energía, y de una originalidad de talento extraordinario.

Hay un solo motivo por el que no se puede menos de sentir que Madama de Sévigné se haya abandonado á sus costumbres burlescas y frívolas, por el que rehusamos á entrar en sus chanzas, y el que, después de haber buscado todas las razones atenuantes, no se puede llegar á perdonar, es cuando cuenta á su hija con tanta risa la rebelión de los labriegos bretones y las severidades empleadas para suprimirla. En tanto que

se limita á reirse de los *Estados*, de los *gentilshombres* labriegos, y de sus galas que aturdian, y de todas las demás locuras del *porvenir* de Bretaña después de comer, está bien, es una buena y legítima broma, y en ciertos pasajes, recuerda los pinceles de Molière; pero cuando llega á las *tranchées* de Bretaña, y al *cólico de piedra*, que quiere decir que el gobernador M. de Chaulnes, queriendo dispersar el pueblo con su presencia fué rechazado hasta su casa á pedradas, cuando llega al momento en que M. Forbin se presenta con sus seis mil hombres contra los amotinados, y que aquellos pobres diablos, en cuanto perciben las tropas reales se desbandan por los campos y se ponen de rodillas entonando el *Mea culpa* (que es el sólo vocablo que conocen del francés, cuando para castigar á Rennes trasladan su Parlamento á Vannes, que se cogen á la ventura veinticinco ó treinta hombres para ahorcarlos, que se saquea toda una grande calle echando de sus casas mujeres enfermas, viejos y niños, prohibiendo que fuesen recogidos bajo pena de muerte, cuando se martiriza y se obliga y que obligados y martirizados se les ahorca, en medio de estos horrores hechos contra inocentes ó singularmente contra extrañados, se sufre viendo cómo Madama de Sévigné se divierte como de costumbre. Se querría que mostrase una indignación ardiente, fuerte y generosa, y sobre todo, se querría borrar de sus cartas líneas como estas: « Los amotinados de Rennes han huído, y así los buenos sufrirán los castigos que merecieron los malos; pero yo encuentro esto en su lugar, en tanto que los cuatro mil soldados que están en Rennes á las órdenes de M. de Forbin y de Vins no me impidan mis paseos por el bosque que tiene una altura y una belleza extraordinaria. » Y más allá: « Han cogido sesenta lugareños y mañana comienzan á ahorcarlos. Lo que ocurre en esta provincia será un buen ejemplo para las demás, y las enseñará á respetar á los gobernadores y á los gobernantes, á no colmarlos de injurias y á no tirar piedras á sus jardines. » Y por último: « Me



hablas con mucha gracia de nuestras miserias; ya ni siquiera somos atropellados, y un caso sólo se da en ocho días para entretener la justicia; la *cuelga* (horea) me parece un saneamiento. » El duque de Chaulnes, que provocó todas estas venganzas porque tiraron piedras á su jardín, y al que colmaron de injurias de las que la más dulce y la más familiar era *gran cochino*, no desmereció ni un ápice en la amistad de Madama de Sévigné, siguió siendo para ella y para Madama de Grignán *nuestro buen duque*, y cuando fué nombrado embajador en Roma, y marchó á su puesto, quedó la Breñaña *sumida en la tristeza*. Realmente hay materia para grandes reflexiones sobre las costumbres y la civilización del gran siglo; pero nuestros lectores nos ahorrarán este trabajo. Sentimos solamente que en esta ocasión, el corazón de Madama de Sévigné no se haya elevado por encima de los prejuicios de su época. Digna era de ello, pues su bondad igualaba á su belleza y á su gracia. A menudo recomienda hombres condenados á las galeras á M. de Vivonne ó á M. de Grignán. El más interesante de sus protegidos es seguramente un gentilhomme de la Provenza cuyo nombre no se conoce: « El pobre muchacho — dice, — estaba muy apegado á M. de Fouquet; estaba convencido de que cumplía un deber haciendo llegar á Madama de Fouquet una carta de su marido; por ello ha sido condenado á diez años de galeras, y eso es terrible. Usted sabe que es uno de los más honrados muchachos que puede haber, y tan adecuado para las galeras como para coger la luna con los dientes. »

El estilo de Madama de Sévigné ha sido tantas veces juzgado acertadamente, analizado y admirado, que sería difícil encontrar hoy un elogio que fuese á la vez nuevo y adecuado; y, por otra parte, no estamos, propicios á rejuvenecer de nuevo los lugares comunes de los críticos. Nos bastará una sola observación: se pueden achacar los grandes y bellos estilos del siglo de Luis XIV á dos procedimientos diferentes, á dos maneras de hacer opuestas. Malherbe y Balzac fun-

daron en nuestra literatura el estilo sabio, castigado, pulido, trabajado, en cuyos comienzos se llega del pensamiento á la expresión, lentamente, por grados, á fuerza de intentos y de tachaduras. Este es el estilo que Boileau aconsejó siempre; quería que rehiciesen las obras veinte veces, que se las puliese y volviese á pulir sin cesar; él mismo se vanagloria de haber enseñado á Racine á hacer difícilmente versos fáciles. Racine, en efecto, es el más perfecto modelo en poesía y Flechier fué menos afortunado en su prosa. Pero al lado de este género de literatura, siempre uniforme, académico, está el otro por el contrario libre, caprichoso y *móvil*, sin método tradicional y de acuerdo con la diversidad del talento y del alma. Montaigne y Regnier habian dado ya admirables pruebas, y la reina Margarita una encantadora en sus memorias de familia, obra de algunas horas después de los *diners*. Es el estilo abandonado, de ancho cauce, abundante, el que sigue más propicio á las ideas, un estilo de primera intención y que salta de la pluma para hablar como Montaigne, ó el de La Fontaine y el de Molière, el de Fenelón, de Bossuet, del duque de San Simón y de Madame de Sévigné. Esta última los sobrepasa en esto: *deja trolar su pluma con la brida al cuello*, y en el camino esparce con profusión colores, comparaciones, imágenes, y el ingenio y el sentimiento se desbordan por todas partes. Fué así, sin quererlo y sin darse cuenta, uno de los escritores de primera fila de nuestra lengua.

« El solo artificio que yo me atrevería á sospechar en Madama de Sévigné — dice Madama Nécker, — es el emplear á menudo términos generales, y por consiguiente, un poco vagos, que se parecen por la manera como los coloca, á esos vestidos amplios que cambian de forma según el gusto de una mano hábil. » La comparación es ingeniosa; pero no hay que ver un gran artificio en esta manera de hacer que era común en la época. Antes de ajustarse exactamente á las ideas, el lenguaje las rodea con una amplitud que le



presta acomodo y una gracia singular. Cuando ya ha pasado un siglo de análisis de la lengua, que la ha trabajado y recortado por el uso, el encanto indefinible se halla perdido; el artificio está realmente en querer volver atrás.

Y ahora, si en todo lo que precede les parece á algunos espíritus descontentadizos que hemos llevado demasiado lejos la admiración de Madama de Sévigné, que nos permitan que le hagamos esta pregunta : ¿ La han leído? Y entendemos por leer, no recorrer al azar algunas de sus cartas, no limitarse á dos ó tres que gozan del renombre de clásicas, la del matrimonio de Mademoiselle, la de la muerte de Vatel, la de M. de Turenne, y la de M. de Longueville; que entren paso á paso en los diez volúmenes de cartas (sobre todo aconsejamos la edición de Monmerqué y de Saint-Surin), que las sigan todas, sin *divisiones*, como ella dice, hacer con ella como con *Clarisse Harlowe*, cuando tengan quince días de descanso y de lluvia en el campo. Después de esta prueba muy poco terrible, que se agreguen á nuestra admiración si tienen valor para ello y si desde luego se acuerdan de las lecturas todavía.

Mayo 1829.

## DE LA NOVELA ÍNTIMA

ó

MADemoiselle DE LIRÓN (1)

Por muy agitados que sean los tiempos en que se vive, por muy corrompidos y áridos que se les pueda juzgar, son seguros ciertos libros exquisitos que encuentran el medio de nacer; hay siempre corazones selectos que los producen silenciosamente en la sombra, y otros corazones esparcidos aquí y allá para recogerlos. Estos son libros que no parecen libros, y que muchas veces no lo son; son sencillos y discretos destinos sembrados por el azar en los senderos, fuera del gran camino polvoriento de la vida, y que al separarse de éste, y al acercarse á ellos, se apoderan de nosotros con los perfumes suaves de sus flores silvestres, cuyas especies se creían desaparecidas. La forma bajo la que se realizan estos delicados sentimientos de algunas almas, es variable y bastante diferente. A veces se encuentran, en un cajón, después de una muerte, cartas que no debían ver nunca la luz del día. Otras, el amante que sobrevivió (pues el amo es quien inspira estos tesoros ocultos), el amante que sobrevivió, se consagra á un recuerdo fiel, é intenta en su pena, valiéndose de la armonía y del arte, transmitir este recuerdo y eternizarlo. Entrega á los lectores ávidos de esta clase de emociones, alguna historia un poco alterada; pero que bajo el disfraz de estas apariencias, se conoce que una verdad muy

(1) Los que tengan en cuenta la fecha de este artículo (Julio 1832) notarán que es la primera vez que se habla de la *Novela íntima*, de cuyas palabras se ha abusado tanto después.